

FRANZISKA ZU REVENTLOW  
APUNTES DEL SEÑOR DAMA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN DE  
ALBERTO GORDO

f

2023  
FIRMAMENTO

Querido amigo y benefactor:

Usted ya sabe, y lo sabe bien, quiénes somos «nosotros», cómo nos entretenemos y el contenido con que intentamos llenar los días que se nos han asignado en la tierra. También sabe que nos tomamos, interpretamos y configuramos la vida, según el caso, como algo serio y grave, como un divertido pasatiempo, como una completa nadería o como una broma de mal gusto.

Usted ha sido quien mejor ha comprendido siempre nuestro plural, la gran simplificación, la inmensa ganancia vital que le debemos. ¡Qué miserable, qué solitario, pretencioso y ridículamente subrayado resulta el «yo» narrador o vivencial! ¡Qué rico y fuerte es, en cambio, el «nosotros»!

*Nosotros* podemos diluirnos de algún modo en nuestro entorno, sumergirnos, fundirnos armoniosamente. El *yo*, en cambio, siempre salta fuera como un resorte, como uno de esos diablillos de las cajitas de madera que se compran en las ferias. Siempre busca una relación... y nunca la consigue. Pero *nosotros* no necesitamos relaciones, ya estamos relacionados.

Los papeles que adjuntamos a nuestra carta, o, mejor dicho, el contenido de estos papeles, es una nueva prueba de ello.

Pues todo esto, querido y veneradísimo amigo, no es más que el prefacio de un prefacio que comienza aho-

ra, y que ha de servirle como explicación de los papeles adjuntos, esto es, como explicación del hecho de que pongamos estos papeles en sus manos, esperando de usted la resolución de algunos enigmas.

El caso de estos papeles es el siguiente:

Hará tres meses, durante una travesía por mar, conocimos casualmente a un joven. Nos pareció muy amable y pasamos un buen rato conversando con él. No obstante, tardamos algún tiempo en llegar a esto, pues al principio se mostró reservado en extremo, dándonos la impresión de haber pasado por graves aflicciones psicológicas; de todo ello, sin embargo, hablaremos más adelante.

El joven respondía al apellido de Dama; es decir, el señor Dama. Esta circunstancia contribuiría, seguro, a su actitud reservada, y era una de las muchas inhibiciones de las que solía quejarse. Cuando se presentaba o le presentaba alguien, siempre se mostraba inseguro, y añadía: «Dama, sí, mi apellido es Dama».

En cierto momento le preguntamos por qué lo hacía: su apellido no era más llamativo que muchos otros, y al explicarse solo llamaba la atención de la gente, haciéndoles deducir algo extraño, una broma, digamos, de la naturaleza.

Respondió con aire sombrío: sí, lo sabía, pero no podía evitarlo, formaba parte de su biografía (este comentario no lo entendimos hasta más tarde, cuando leímos sus apuntes). El señor Dama era, por apariencia y carácter, el típico joven de buena familia y esmerada educación, con un aire de vividor anodino; muy anodino y muy superficial. Nunca habría salido a la calle sin la raya del pantalón impecablemente planchada, ya podía

estar sufriendo en el corazón el mayor de los dolores, y eso que el corazón debía de haberle dolido a menudo. La nota dominante de su carácter era un cierto ensimismamiento triste o una tristeza pensativa, pero también le gustaban los perfumes y los pañuelos bonitos.

Cuando le conocimos, se mostró taciturno y perturbado; poco a poco, sin embargo, sobre todo mientras estábamos sentados en cubierta durante las noches cálidas, fue abriéndonos su corazón y comenzó a hablar de sí mismo y de su biografía. Nos dijo que había vivido bastante tiempo rodeado de gente singular y que había presenciado y vivido cosas singulares. Desde niño había sentido una oscura necesidad de comprender la vida, lo cual le condujo a estas personas. Pero, por desgracia, había sido en vano, pues ahora no solo no entendía nada de la vida, sino que además se sentía desconcertado por completo, al punto de que en ese momento iba en busca de curación y sosiego a países lejanos.

No quiso especificar el lugar donde había ocurrido todo esto; solo dijo que no era propiamente una ciudad, sino más bien un distrito, uno que de hecho se menciona a menudo en sus papeles. No podíamos imaginarnos cuál sería.

Nos contó que había anotado todo tipo de cosas con la intención, tal vez, de escribir más tarde una novela o unas memorias, y esto despertó nuestro interés.

Así fue acercándose el momento de la despedida, pues el viaje tocaba a su fin. Uno de los últimos días el señor Dama bajó arrastrando los pies a su camarote y poco después volvió con un voluminoso paquete de cuadernos escritos; dijo que, si nos hacía ilusión, estaría

encantado de confiarnos sus apuntes. No quería recuperarlos, añadió, pues para él todo aquello había terminado, había quedado atrás, y además tenía poco espacio en las maletas. Lo que pasara con ellos no le importaba en absoluto, podíamos dárselos a quien quisiéramos, regalarlos, destruirlos o publicarlos. No se veía volviendo a Europa en un futuro, ni mucho menos a aquel distrito. Después de esto nos despedimos muy emocionados y le deseamos lo mejor. Por desgracia, nuestro deseo no llegó a cumplirse, pues el tren en el que continuó su viaje sufrió un accidente catastrófico y en la lista de supervivientes no estaba su nombre; cabe suponer, por tanto, que se mató. No hemos vuelto a saber de él.

Leímos los apuntes; fue lo primero que hicimos con ellos. Pero, como ya se mencionó al principio, bastantes cosas nos resultaron oscuras. A nuestro parecer, como ya dijera el propio señor Dama, tratan de personas, hechos y opiniones bastante singulares. Entre otras cosas, nos interesa mucho saber dónde se encuentra el distrito en el que ocurre todo esto. Como sabe, llevamos tanto tiempo viviendo en el extranjero que nos resultaría demasiado agotador seguir con un mínimo de detalle las tendencias culturales de cada barrio.

Pero, por encima de todo, desearíamos saber su opinión sobre si estos papeles tienen la entidad de un *document humain* y por tanto merecen publicarse. ¿No cree también usted que sería un hermoso acto de piedad colocar así una lápida en memoria de quien falleció, al parecer, de forma tan prematura?

Si lo considera oportuno, le pedimos que escriba un comentario al respecto; nosotros, por desgracia, carece-

mos de las nociones técnicas necesarias, por lo que nos hemos limitado a hacer algunas observaciones modestas, más bien de carácter práctico; aunque es posible que hayan sido también superfluas. En pocas palabras —sí, realmente en pocas, pues amamos la brevedad, aun cuando debemos ser prolijos, y tanto más la amamos inmediatamente después de haber sido prolijos—, dejamos con plena confianza en sus manos estos papeles y todo lo demás.